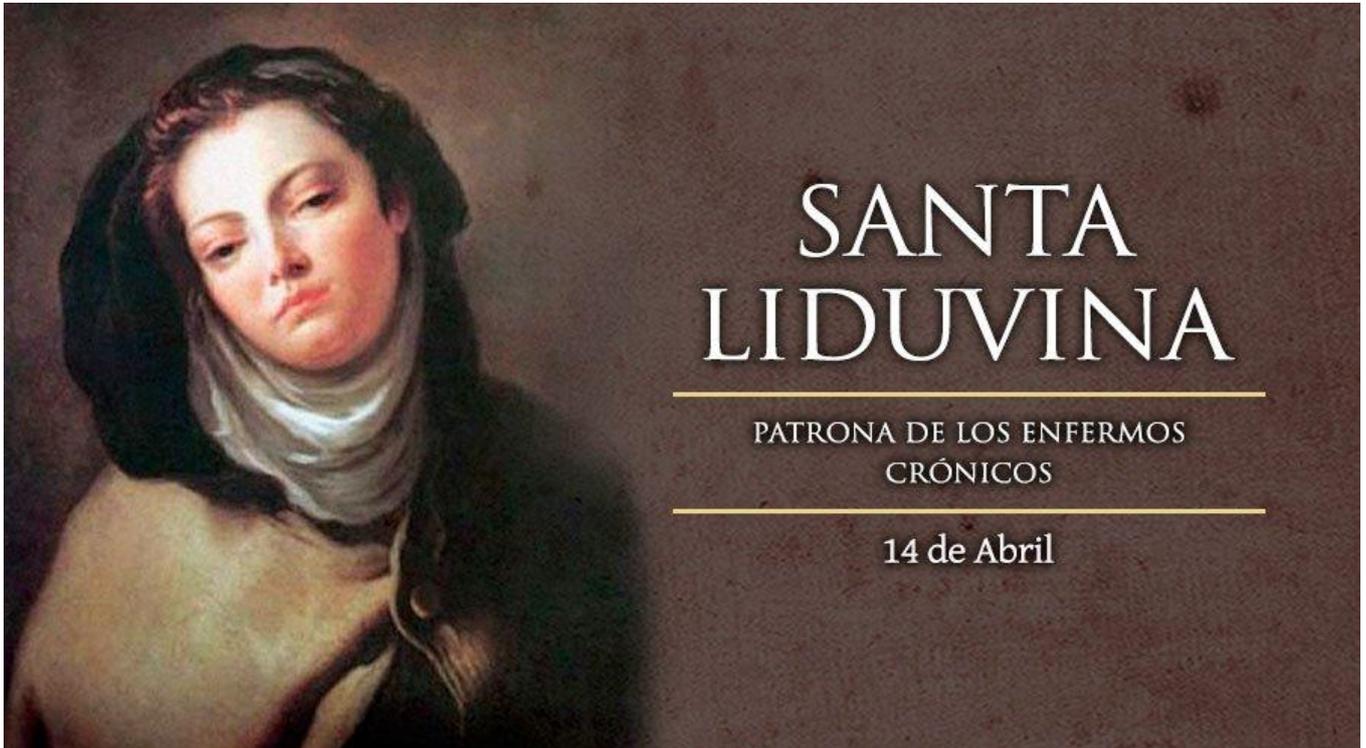


# SANTA LIDUVINA

PACIENTE Y PATRONA DE LOS ENFERMOS  
CRÓNICOS, AÑO 1433



## Historia

Esta santa es la Patrona de los enfermos crónicos. Ella nos enseña a aprovechar la enfermedad para pagar nuestros pecados, convertir pecadores y conseguir un gran premio en el cielo. El decreto de Roma al declararla santa dice: Santa Liduvina fue "un prodigio de sufrimiento humano y de paciencia heroica".

En otros países y en otros idiomas se la conoce como Liduína, Ludiwina, Lidwina, Lidvina, Lydvid o Lidia.

Dios parece haber encomendado particularmente a las mujeres el oficio de expiadoras. Mientras los santos recorren el mundo, crean, reforman, predicán, convierten, negocian y combaten, ellas, más pasivas, pero también más amorosas, más abnegadas, más impresionables y menos egoístas, rezan en silencio, aman, sufren, se sacrifican sin ruido, o bien se retuercen en su lecho, destrozadas por el dolor, sumidas en el abandono. En este aspecto, el caso de Santa Liduvina es famoso y ejemplar. Mientras su contemporáneo Vicente Ferrer recorría el mundo arrastrando a las multitudes, ella sufría torturas

inenarrables en un baburril miserable de Schiedam. Schiedam es una aldea holandesa que descansa junto a un río, a pocos kilómetros de La Haya, aquí es donde nace Liduvina el domingo de Ramos de 1380. Liduvina era la única mujer entre los ocho hijos de una familia pobre, pero humilde y temerosa de Dios, su padre de profesión sereno o vigilante, y su madre, una entregada ama de casa. Sus padres fueron educados en un gran amor a Dios y a la Iglesia, y así en este ambiente la niña manifiesta una devoción especial a la Virgen, Nuestra Señora de Schiedam, que por cierto tiene una curiosa historia: la crónica relata que un comerciante que había robado esta imagen, se embarcó con la intención de venderla en la feria en Amberes, pero por causas desconocidas, él no podía nunca alejarse del puerto. Alarmado por tal prodigio, restauró la imagen que había robado, y fue solemnemente trasladada a la iglesia de San Juan Bautista, en donde Santa Liduvina pasaba noches enteras rezando.



A los doce años, después de llevar la comida a sus hermanos que están en la escuela, la niña gusta de bordar y hacer labores de punto trabajando sin descansar, hasta que ya no hay luz. Si al fin de mes ha ganado algunos florines, ella está contenta. No se la ve correr por las calles, no juega con sus compañeras; pero en su cuerpo empieza a florecer esa belleza de las rubias del norte, cuyo principal encanto está en el candor de un cutis brillante, en la ingenuidad graciosa de la risa, en la expresión de seria ternura de unos ojos enigmáticos. No tardan en afluir los pretendientes. El sereno cree que va a salir por fin de la estrechez; pero la muchacha se obstina: no quiere casarse.

## Un grave accidente:

Hasta los 15 años Liduvina no se distinguía de cualquier otra muchacha como las demás: alegre, simpática, buena y muy bonita, más que por el voto de castidad que había hecho.

En el invierno excepcionalmente severo de 1395 a 1396, sufrió una grave enfermedad. Se había repuesto ya enteramente, cuando sus amigos la convidaron a patinar en un canal helado. Uno de los miembros del grupo, que se había quedado atrás, golpeó fuertemente a Liduvina por alcanzar a los otros; la joven cayó de bruces y se rompió la clavícula derecha dejándola sobre la nieve, medio muerta y con la columna vertebral en mal estado. Sus amigos la condujeron a su casa y le prodigaron toda clase de cuidados; a pesar de ello, se presentaron complicaciones y el estado de Liduvina fue empeorando. Se le formó un absceso interno, que al reventar le produjo violentos vómitos y la dejó exhausta. A ello siguieron terribles jaquecas y dolores en todo el cuerpo, acompañados de fiebre y de una sed insaciable. La joven no encontraba descanso en ninguna postura. Aunque eran tan pobres, sus padres acudieron a varios médicos, pero todos se declararon incapaces de diagnosticar la enfermedad. Uno de ellos, el Dr. Andrés de Delft, confesó que todos los remedios humanos serían inútiles y no harían sino empobrecer aún más a la familia.



## Se desarrolla la enfermedad y el sufrimiento:



Los síntomas de su deteriorada salud empeoraban cada día, con continuos vómitos, jaquecas, fiebre intermitente y dolores por todo el cuerpo, martirizándola todo el día, entonces se preguntaba porque Dios había permitido este terrible sufrimiento. La altísima fiebre le producía una sed insaciable. A pesar de todos los tratamientos médicos, o tal vez a causa de ellos, una apostema pertinaz apareció en el lugar de la fractura y los dolores eran espantosos, para amortiguarlos se trasladaba a la paciente sin cesar de una cama a otra; pero las sacudidas no hacían más que exasperar el mal, la pobre enferma lloraba y se retorció y hubo un momento en que no pudiendo ya resistir, se lanzó del lecho viniendo a caer casi partida en dos junto a las rodillas de su padre, que lloraba también a su lado. Sus piernas ya no la sostenían, érale preciso arrastrarse por el suelo, devorada por la fiebre y agitada por espasmos horrorosos.

Después la llaga se envenenó, dando origen a la gangrena. Y las carnes se convirtieron en un hervidero de gusanos, que los médicos atacaron con cataplasmas de trigo verde, de miel, de grasa de capón, crema de leche y sebo de anguila blanca. Pero todos estos remedios de la época no servían más que para alimentar a los parásitos. El cuerpo entero llegó pronto a estar en carnes vivas. A los tumores y las úlceras se juntó la enfermedad del «fuego sagrado» que consumió en unas semanas la carne de uno de los brazos, hasta dejar los huesos al descubierto. Era el mal más temido de la Edad Media. Los nervios se crisparon y acabaron por romperse, excepto uno que continuó uniendo el brazo al tronco. A todo esto se unieron neuralgias espantosas, que partieron la frente desde la parte superior hasta la nariz. El ojo derecho se extinguió, y el otro se hizo tan sensible, que no podía soportar la luz sin sangrar. Se le producen equimosis lívidas en el pecho que se convierten en pústulas cobrizas. Empieza el mal a trasladarse al hígado y a los pulmones. El cáncer le hace agujero profundo en el pecho. Y para colmo de males, la peste bubónica que asolaba Europa llegó a Holanda y se estableció en Liduvina regalándole dos bubones terribles junto a su corazón. Ella dijo: "dos no está mal, pero tres sería mejor, en honor de la Santísima Trinidad"... y el tercero le brotó en la cara. Sólo la lepra no visitó su cuerpo. Ahora es un montón de pellejos rotos y huesos; lejos queda la niña crecida y guapa que fue, cuando su buen padre le buscaba pretendientes con los que ajustar una boda que le sacara de apuros y a la que ella se negaba rotundamente. A los dolores de la enfermedad, empezó a añadir otras mortificaciones voluntarias, como la de dormir sobre planchas de madera, en vez de usar el colchón de plumas que sus padres le habían comprado.

## **Unas heridas putrefactas que huelen a rosas:**

Cualquiera de aquellas enfermedades hubiera bastado para recibir la santa muerte en unos meses; pero todo era allí un milagro continuo. Parecía que la corrupción del sepulcro había empezado en vida y que la beata estaba condenada a soportar esto hasta el fin de sus días. Su caso había empezado a interesar, ya desde entonces, a los especialistas, quienes hacían lo imposible por curarla. La fama de la extraordinaria paciencia con que soportaba sus sufrimientos llegó a oídos de Guillermo VI de Holanda y de su esposa, Margarita de Borgoña, quienes le enviaron a su propio médico. Era éste un hábil y bondadoso doctor, a quien el pueblo llamaba Godofredo Zonderdank («No-me-dé-las-gracias»), porque acostumbraba decir esa frase de los pobres, a quienes no cobraba por atenderles. El doctor Zonderdank y un colega consiguieron aliviar las llagas gangrenosas que se habían formado en el cuerpo de Lidvina, pero eso le produjo una inflamación general y la hidropesía. Sin embargo, Dios quiso evitar una prueba a la beata: la de ser mal comprendida o descuidada por su familia. Los padres de Lidvina, que tenían una piedad sencilla, no pudieron menos de reconocer la santidad de su hija y empezaron a recibir el premio de ello desde la tierra. Es un verdadero milagro que los repugnantes síntomas de la enfermedad de la joven, cuya descripción detallada preferimos evitar al lector, no hayan asqueado a quienes la rodeaban, pero la familia de la beata afirmaba que su cuerpo despedía un fragante perfume, los chorros de pus olían a rosas; los emplastos que se retiraban llenos de insectos, embalsamaban la casa, y de aquel cuerpo convertido en un charco de podredumbre emanaba una fragancia como de especias de Levante, que recordaba el hálito bíblico del cinamomo y el aroma holandés de la canela. y, aunque no había en la habitación ninguna luz natural, con frecuencia estaba iluminada por una claridad sobrenatural tan brillante, que más de una vez los vecinos creyeron que se trataba de un incendio. Los elementos sobrenaturales empezaron a multiplicarse en la vida de Lidvina.

## **La santa ni come ni duerme:**

Todo era milagroso en aquella existencia. La enferma continuaba sufriendo, sin comer apenas. Durante los primeros años de su reclusión, su alimento diario era una rodaja de manzana asada del grosor de una hostia. Si quería tomar un bocado de pan mojado en leche o cerveza, su estómago se rebelaba. Al poco tiempo aquello fue ya demasiado, y hubo de contentarse con unas gotas de agua azucarada o un sorbo de vino matado con agua, que muchas veces se contentaba con aspirar. El sueño desapareció completamente, y érale preciso velar durante noches enteras, noches interminables e implacables, echada de espaldas, cuya piel se escapaba como la corteza de un árbol. Cuentan sus biógrafos que en treinta y ocho años no durmió veinte horas.

Lidvina sólo se alimentaba de la Santa Comunión y así vivió durante los 17 últimos años de su vida, incluso sangrado a través de las heridas de su cuerpo. La falta de agua y alimentos no la perjudicaba porque su verdadero alimento era el Cuerpo de Cristo y su vida fue un ejemplo de paciencia y caridad,

donando sus pocas posesiones a los pobres e indigentes. Incluso dio su cama a los pobres, después de haber pasado los últimos días sobre una tabla cubierta de paja.

El sufrimiento iba purificando aquella alma y levantándola a las cumbres gloriosas del amor. Al principio, el dolor la llenó de espanto. Al verse cautiva en el lecho, lloró todas sus lágrimas, y a punto estuvo de caer en la desesperación. Nada de extraordinario había habido en su vida, si no es una inclinación de cabeza que le hizo un día la Virgen en la iglesia; pero, ignorante de los caminos de Dios, Liduvina no se dio cuenta siquiera de que estas atenciones eran el preludio de tormentos atroces. Los primeros cuatro años de sus dolencias llegó a creerse realmente condenada. Ni el menor rayo de consuelo sobrenatural venía a iluminar su miseria. Dios parece haberse retirado, o más bien aguarda implacablemente. Pudiera venir a disipar aquella tiniebla, pero no quiere. Más que un indiferente, parece un enemigo. Cualquiera otro, en su lugar, se sentiría inclinado a la misericordia. Así piensa el alma cuando las tribulaciones la acometen por todas partes; y entonces la oración se hace casi imposible, y el demonio se aprovecha de esta situación para dejar caer el veneno de sus insinuaciones perversas. Sin embargo, nadie es tentado por encima de sus fuerzas; y no hay duda de que la talla espiritual de Liduvina era tal, que en vez de hacer caso de sus lloros, quiso Dios aumentar sus tristezas. El horror de la tiniebla mística la invadió. Era una aridez espantosa como un desierto vacío, una ataxia espiritual, que dejó su alma como paralizada, su entendimiento hundido en la noche, su memoria flotando en el vacío, su corazón atascado en la amargura.

Al principio de sus pruebas le costó excesivo trabajo dominarse, y más de una vez su paciencia se desmintió. Algunas veces sufría unos fuertes accesos de tristeza y desaliento, y sentía crueles desolaciones. Un día, por ejemplo, desde su lecho oyó ruido de risas en el exterior, pues unas jóvenes casi en su puerta se entregaban a una ruidosa alegría, que le hizo mal, pues la imaginación le representó inmediatamente el doloroso estado en que ella se hallaba. ¡Ah! Díjose a sí misma, para mí no hay diversiones ni gozosas risas, para mí no hay esperanza de curación, mañana, y pasado mañana, siempre durará mi padecer hasta el sepulcro y el aislamiento y el olvido sobre todo. Y se puso a llorar con tal abundancia y amargura que partía el corazón; y otras muchas veces se puso a llorar del mismo modo.

Ni una ayuda del Cielo, ni un consuelo de la tierra. Mas el día de las verdaderas consolaciones estaba cerca; Liduvina iba en fin a escuchar la palabra que embalsama todos los sufrimientos y los hace suaves y gloriosos; iba a unirse a Dios sólo, con Dios toda entera y sin reserva, mas con una unión tan estrecha como no la había conocido hasta entonces; desde ahora Dios iba a hablarle al corazón y con santas y sobreabundantes delicias, se disponía a recompensar a su fiel y amada sierva.

### **Un Sacerdote, el regalo del cielo:**

Un día vino un sacerdote, el Padre Pot a visitar a Liduvina, y este santo eclesiástico, era uno de esos sacerdotes animados del espíritu de Dios a quien una tierna caridad abraza y a quien las lágrimas y la desgracia atraen, como se dice que los cantos lastimeros atraen a ciertas aves del cielo, una de esas almas que Dios saca de sus tesoros y que parece haber formado de los esplendores de su bondad para darles la más dulce y gloriosa de las misiones sobre la tierra: la de consolar.

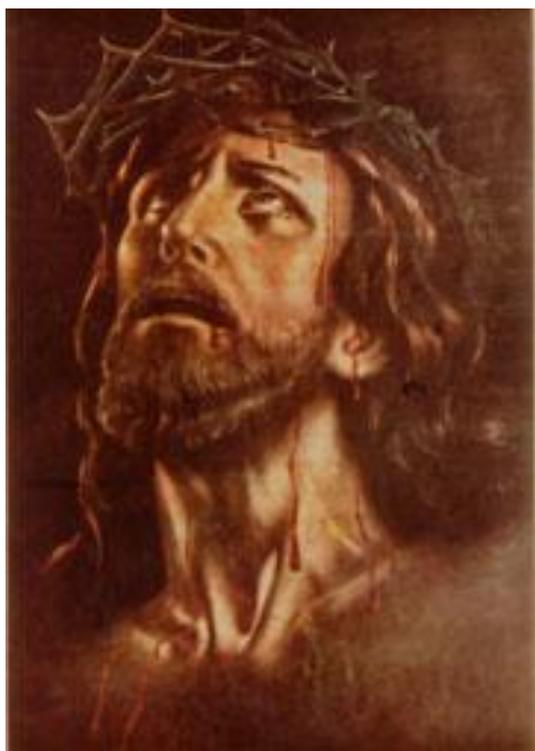


En presencia de Liduvina, y a la primera ojeada el hombre de Dios profundamente compadecido, había sondeado la inmensidad de su infortunio; mas lleno de experiencia, también había comprendido lo que faltaba a esta alma escogida, y lo que podía realzar su belleza: “Hija mía, le dijo con paternal dulzura; vuestros males son inauditos; todos ciertamente os compadecen y se contristan al veros; mas ¿sabéis lo que yo pienso? ¿Vos, padre mío? respondió Liduvina asombrada, vos que sois bueno sin duda como todos, pensáis que tengo mucho porque compadecerme. —Pues bien, desengañaos, le dijo, yo estoy lejos de hablar y de pensar como el mundo, yo pienso, al contrario que sois bienaventurada —Cómo, exclamó Liduvina, presa de una visible emoción: yo bienaventurada! yo clavada en este lecho y para siempre quebrantada por el dolor en todos mis miembros. —Sí, vos, vos misma. ¡Ah! sin duda, hija mía, yo más que nadie compadezco vuestros crueles sufrimientos. Más veo en vos el alma cristiana, a la amante y a la esposa de Jesucristo; y he aquí por qué, cuanto más horribles son vuestros males más me creo con derecho para deciros que sois bienaventurada ¡Ah! sí, vos lo sabéis el padecer cristianamente, hija mía, es el cristianismo, es el Evangelio entero: porque ésta es la fe que adora, es la esperanza que espera y se regocija, éste es el amor que se inmola. O más bien, éste es Jesucristo mismo que viene a vos, que os toma, y os pone en una cruz para que le seáis semejante, y queriendo hacer resplandecer en vos todas las magnificencias del alma, os perfecciona en alguna manera por el dolor, como el artífice perfecciona con el cincel la obra maestra que ha soñado su genio. Por el sufrimiento os purifica de las menores manchas del pasado, protege y glorifica lo presente y lo venidero, y os da como un nuevo bautismo de inocencia, adornando vuestra frente con todas las glorias de la virtud y abriéndoos las puertas del cielo. ¡Ah! ¡Padre mío! dijo Liduvina, ya lo comprendo: tenéis razón al llamarme bienaventurada; mas el sufrir no es bastante, como lo habéis dicho, sino que es necesario sufrir cristianamente, sufrir con sumisión y con paciencia, y aun padecer con amor; y lo que me desconsuela, es que no puedo lograrlo.

...Entonces el santo sacerdote habló de la pasión del divino Maestro, y se expresó con su fe y su corazón, haciendo resaltar sus inefables ejemplos, y sus lecciones sublimes, entonces le dijo el sacerdote, he aquí lo que necesitáis, he aquí lo que os hace falta, si queréis llegar a la paciencia y glorificar vuestros dolores, **“meditad la adorable pasión de Jesús: medítadla muchas veces, y aun casi sin cesar, y éste será el medio todopoderoso para alcanzar la perfección en el padecer”**.

Cuando su enfermedad la clavó definitivamente en el lecho, el P. Pot empezó a llevarle la comunión, primero dos veces al año y después cada dos meses y en todas las grandes fiestas. Según la expresión de su biógrafo, Brugman, «la meditación de la Pasión y la comunión eran como los dos brazos con que Liduvina abrazaba a su Amado». Liduvina necesitaba realmente toda esa ayuda espiritual, ya que, a los diecinueve años de edad, su enfermedad empezó a presentar síntomas todavía más alarmantes. Los espasmos y vómitos constantes le produjeron un síncope cardíaco que acabó de postrarla. De su antigua belleza no quedaba nada, pues tenía una llaga desde la frente hasta la mitad de la nariz, y el labio inferior le colgaba medio separado de la mandíbula.

### La Pasión de Jesucristo, modelo de vida:



Después de esta conversación con el P. Pot, Liduvina se sintió más alentada, y se dedicó a la meditación. Más cuál no fue su decepción este ejercicio que tanto le había alabado que parecióle insípido y casi imposible, y por despecho a poco tiempo lo dejó. En cambio volvió a sus lamentos y a sus quejas; sus lágrimas volvieron a correr; dichosamente el piadoso sacerdote no tardó en volver. ¿Y bien, le dijo, mi remedio ha producido su efecto? —No, padre mío, respondió con franqueza-. Es tal vez cosa muy buena la meditación para los que la saben hacerla, en cuanto a mí no entiendo nada de ella. Quiero ocuparme de los padecimientos de Jesucristo y vuelvo siempre a meditar los míos, y los encuentro tan insoportables, que los de mi buen Maestro me mueven muy poco. —Y así, replicó vivamente el sacerdote, ¿vais a primera vista a dejaros

¿Mas no sabéis acaso que no hay aquí en la tierra ninguna empresa que no cueste pena ni dificultad de la cual no triunfe una constante voluntad? ¿No es necesario quebrar la corteza antes de comer el fruto? ¿Acaso al primer golpe de la vara hizo Moisés salir el agua de la roca? — Más, padre mío, añadió la pobre enferma: ¿cómo pues queréis vos que yo proceda? ¿Me será posible meditar entre los tormentos que sufro, y con las lágrimas que me arrancan incesantemente esos tormentos? — Sí Liduvina, sí, os lo digo ensayadlo, perseverad, y os lo aseguro, que bien pronto vuestras lágrimas se secarán, y contemplando los dolores de Jesús, no sentiréis más los vuestros no echareis de menos lo que lloráis tan amargamente, la

salud, la juventud y la hermosura, todos esos goces de la vida que se han volado para hacer lugar al sufrimiento no apreciareis ni amareis entonces más que a Jesús crucificado.

¡Ah! cuando le viereis tan pobre, él a quien le pertenecen los cielos y la tierra, sin amigos, sin honores y sin consuelo, abandonado y ultrajado; tan pobre que sólo tiene un madero por lecho de muerte, y sólo hiel para endulzar su agonía, ¿podréis vos contristaros por vuestros abandonos y vuestras privaciones? Hija mía. Jesús que es la eterna hermosura, tan bueno y tan amable, cuando le viereis cubierto de horribles llagas, la frente desgarrada con una corona de espinas, los ojos apagados con la sangre, los labios acardenalados, el pecho abierto, los pies y las manos como preso del dolor con enormes clavos, cuando le viereis obedeciendo no solamente a Dios su Padre que le oprime, más a los jueces inicuos que le condena a los soldados que le mofan, a los verdugos que le torturan, al pueblo que le maldice, obedeciendo bajo el azote, la púrpura, las bofetadas y las salivas, sin resistencia, sin murmuración, sin quejas, obediente hasta la muerte, y muerte de cruz ¡ah! ¿Nada os dirá Jesús en este estado? al verlo así ¿No os sentiréis conmovido? ¿No comenzareis a olvidaros a vos misma?

Y sobre todo, Liduvina, cuando habréis comprendido por la meditación la palabra que explica esos tormentos, esa muerte, la palabra inefable: ¡Yo os amo! Cuando habréis oído que el Salvador desde la cruz os dice al corazón: “Mírame a mí, tu Dios, yo el eterno, heme aquí delante de tí agonizante y espirando por tí, tan sólo porque te amo” ¡Ah! ¿Creéis que vuestro corazón resistirá a tanto amor? Vos, Liduvina, amareis a Jesús con toda vuestra alma, y entonces en él y por él, como San Pablo y como todos los santos, amareis vuestras enfermedades, vuestras llagas y todos vuestros padecimientos, y encontrareis la gloria y la felicidad en el padecer. Así, os lo repito otra vez, ¡meditad!

## **La Cruz: alfabeto de la ciencia de los santos:**

Desde ese día Liduvina se mostró seriamente generosa, y la cruz fue su libro a todas horas, y el calvario su escuela de cada día. Así, muy pronto aprendió de Jesús el alfabeto de la ciencia de los santos. Llegó el tiempo pascual: una mañana su pobre alcoba se revistió del aire de fiesta. El buen sacerdote iba a volver, mas esta vez no venía sólo, sino que Dios venía con él. Todos estaban de rodillas, y Liduvina crucificada adoraba con fervor. Cuando el Salvador entró, le dijo el sacerdote con indecible emoción, mostrándole en sus manos la blanca y divina Hostia: “Liduvina, hasta ahora sólo os he hablado de los dolores y del amor del buen Maestro, mas hoy y en este instante él mismo en persona viene a enseñaros. Es el que tanto ha padecido y amado, el crucificado del amor, y es quien viene ahora a visitaros, a consolaros en vuestro lecho de angustia, y a amaros hasta unirse con vos. ¡Ah! abridle bien vuestra sima, escuchad bien la voz de su amor, y él os dirá que si permanecéis y morís con él y como él en la cruz, muy pronto como él y con él resucitareis para la gloria.” Y al punto el sacerdote dióle la adorable Hostia. ¿Qué había pasada entonces? ¿Qué había dicho Jesús al corazón de la virgen? porque Liduvina al mismo instante había prorrumpido en sollozos; lloró y casi no hizo más que llorar por muchos días. Dichosa crucificada esta vez lloraba de amor y de felicidad. Pero ¿Qué es lo que realmente ocurrió en el alma de esta alma víctima? Algo crujió en el fondo de su ser; el amor estalló impetuosamente; saltaron chispas de fuego y haces de

luz. Loca de dolor y ciega de alegría, Liduvina ya no pensaba en su cuerpo doliente y maltrecho; los gemidos que antes le arrancaban los dolores, se transformaban ahora en gritos frenéticos, en alborozados transportes. Agitada de aquella gloria divina, presa de celeste embriaguez, gesticulaba y deliraba, dejando escapar de sus ojos una lluvia de amor. Alumbrada por una gracia repentina, había comprendido finalmente su misión en la tierra: acompañar a Cristo en el Calvario, ser un alma reparadora, que se clava espontáneamente en el lugar que quedó vacío en la Cruz; reproducir, como en un espejo ensangrentado, la pobre faz del Crucificado; tener la taciturna ternura de la Verónica, la que enjugó el rostro ensangrentado de Dios; ser como la Magdalena, o como el Cirineo, el hombre que tuvo la gloria única de ayudar al Mártir divino a llevar los pecados del mundo. « ¡Señor —gritaba la paciente—, perdón por esas injurias que os hacen los hombres!»

Cumplido estaba, la gracia había triunfado; Liduvina se hizo en poco tiempo una amante apasionada de Dios en la cruz. De día y de noche, a todo instante no veía más que a Jesús. El día pasaba pronto; las noches no le eran bastante largas, y tantas delicias así encontraba en ocuparse de su crucificado Jesús; cumplido estaba, no más desolaciones ni quejas. Su estado, es cierto iba empeorando: la corrupción y los gusanos, y los tormentos se multiplicaban. . . más qué le importaba ya. A la corrupción, a los tormentos y a los gusanos los llamaba su alegría, y llegaba hasta pedirle a Dios que se multiplicasen todavía más. ¿No quisierais ser curada? le preguntaban —No, no, respondía siempre; aunque no fuese necesario sino una Ave María para obtener este milagro, me guardaría bien de no rezarla con este fin. ¡Ah! no, ¡el no padecer con mi Jesús, sería el más duro penar!

### **La alcoba de Liduvina se comunica con el Cielo:**

Las maravillas empezaron. La beata poseía los dones de curación, de telepatía y de profecía. Hacia el año de 1407, empezó a tener éxtasis y visiones místicas.

La pobre alcoba de la santa se animaba con misteriosas visitas, se iluminaba con celestes auroras. Una noche apareció una procesión extraña. Entraron primero los ángeles con los instrumentos de la Pasión: la cruz, los clavos, el martillo, la lanza, la columna, el azote y las espinas. Después de desfilan uno a uno, se colocaron en semicírculo, dejando un espacio libre junto a la cama. Sus vestiduras, recamadas de oro, despedían llamaradas policromas, y centellas de gemas fabulosas corrían sobre el fuego ondulante de las túnicas. De repente, todos se inclinaron: la Virgen avanzaba seguida de un cortejo de santos aureolados de nimbos de oro en fusión, cubiertos de sedas flotantes de nieve y de púrpura. Sencillamente vestida de llamas blancas, María llevaba en las trenzas incandescentes de sus cabellos deslumbrantes pedrerías como nunca brillaron en los palacios de la tierra. De pronto, el Niño que sonrío en sus brazos se transforma. Es un hombre, es el varón de dolores: rostro pálido, ojos ensangrentados, mejillas aradas por ranuras lívidas, cabeza desgarrada por agudas espinas, pecho teñido de sangre, frente amoratada y manos abiertas por las puntas de los clavos. Liduvina contemplaba la escena, embelesada y acongojada; acongojada por la fuerza del suplicio, embelesada por la presencia del Amado; reía y lloraba al mismo

tiempo, cuando las llagas de Cristo dispararon hasta ella rayos luminosos, que le atravesaron los pies, las manos y el corazón. De este modo, entre las úlceras y los bubones aparecieron los rubíes de los estigmas.

La comunicación entre la casita del sereno de Schiedam y el paraíso celeste no se interrumpió ya hasta la muerte de la santa. Mientras su cuerpo entraba en un estado cataléptico. De pronto, su ángel se presentaba delante de ella, invitándola a una excursión maravillosa, su alma conversaba con Dios, con los santos y con su ángel guardián, y era transportada a Roma, a Palestina y a las iglesias de la localidad. Unas veces ayudaba al Señor a cargar la cruz hasta el Calvario, presenciaban la bienaventuranza de los santos del cielo. recorrían espléndidos jardines o asistían a los banquetes fabulosos de la gloria, otras veces atravesaban la ciudad del dolor, donde las almas se purificaban antes de entrar en posesión de su dicha; otras, visitaban los lugares santificados por la muerte de Cristo, o hacían las estaciones de las basílicas de Roma.



Sus biógrafos subrayan dos cosas: en primer lugar, sus éxtasis no le hicieron perder nunca de vista su vocación y, en segundo lugar, a ellos seguía siempre un aumento de sufrimientos. Unas veces eran los habitantes del Cielo los que llegaban a la pequeña aldea holandesa; otras era la estigmatizada la que llamaba a las puertas del paraíso.

Entre tanto, el cuerpo de la santa quedaba inmóvil en el lecho; pero cuando el alma volvía de sus largos viajes, podían observarse en ella las impresiones recogidas a través de la peregrinación: alegría jubilosa, sentimiento y pesar; temblor en los labios, sangre en las sienes y expresión de terror en el rostro. Con las alegrías se aumentaban también las tristezas. La enfermedad tenía siempre complicaciones; crisis de demencia, ataques de apoplejía, neuralgias insoportables, dolores rabiosos de muelas, mal de piedra y terribles contracciones de nervios. A excepción de la lepra, no hubo enfermedad que no se cebase en aquel amasijo informe y monstruoso, del cual salían lágrimas y sangre, sollozos y alaridos. Pero con el dolor podía compararse la alegría. Era dulce sufrir y mezclar el sufrimiento con los sufrimientos de Dios. La idea de la expiación sostenía a la paciente. Jesús le presentaba, en una visión horrenda, el panorama triste de su tiempo. Sobre su lecho aparecía la imagen convulsa y ensangrentada de Europa, que se parecía a aquel su pobre cuerpo en estado de descomposición, charco de sangre, nido de gusanos, andrajo de carnes deshechas. Así era aquel mundo en que gobernaban aquellos locos a quienes ha llamado la Historia Pedro el Cruel, Carlos VI y Enrique de Láncaster. Era un frenesí de sacrilegios, una bacanal de crímenes, un pantano de sangre y un estercolero de podredumbre: guerra de bulas entre los antipapas; rebeldías y violencias en los magnates; ambiciones desatadas en los eclesiásticos; incendios de odio, apostemas de simonía, cánceres de lujuria, estruendos ensordecedores de banquetes y batallas. Liduvina aullaba, y se cubría los ojos con la mano que le quedaba libre, viendo la cabeza tiarada de Cristo arrojada de Aviñón a Roma y de Roma a Aviñón. Por eso tenía un olfato tan fino para el pecado. Le olía desde lejos; le descubría en los últimos repliegues del corazón; con sus ojos casi extinguidos leía en las almas de todos los que se acercaban a su lecho: príncipes y caballeros, obispos y sacerdotes, monjes y beguinas, doctores y paisanos. Unos iban por curiosidad, otros por devoción; unos la llamaban loca, otros la daban por santa; unos reían, otros admiraban. Y para todos tenía ella la palabra que quitaba la máscara o que aplicaba el bálsamo; que inquietaba, que curaba, que convertía, que iluminaba. Su habitación se había convertido en un hospital de almas. A los pecadores llevados allí por la gracia, se juntaban las gentes desamparadas por la vida, que se arrodillaban allí para aprender a sufrir.

Santa Liduvina llegó a amar de tal manera sus sufrimientos que repetía: "Si bastara rezar una pequeña oración para que se me fueran mis dolores, no la rezaría". Descubrió que su "vocación" era ofrecer sus padecimientos por la conversión de los pecadores. Se dedicó a meditar fuertemente en la Pasión y Muerte de Jesús. Y en adelante sus sufrimientos se le convirtieron en una fuente de gozo espiritual y en su "arma" y su "red" para apartar pecadores del camino hacia el infierno y llevarlos hacia el cielo. Decía que la Sagrada Comunión y la meditación en la Pasión de Nuestro Señor eran las dos fuentes que le concedían valor, alegría y paz.

### **38 años postrada en cama o... 38 años en el Purgatorio:**

Cuentan las antiguas crónicas que recién paralizada una noche Liduvina soñó que Nuestro Señor le proponía: "Para pago de tus pecados y conversión de los pecadores, ¿qué prefieres, 38 años tullida en

una cama o 38 horas en el purgatorio?". Y que ella respondió: "prefiero 38 horas en el purgatorio". Y sintió que moría que iba al purgatorio y empezaba a sufrir. Y pasaron 38 horas y 380 horas y 3,800 horas y su martirio no terminaba, y al fin preguntó a un ángel que pasaba por allí, "¿Por qué Nuestro Señor no me habrá cumplido el contrato que hicimos? Me dijo que me viniera 38 horas al purgatorio y ya llevo 3,800 horas". El ángel fue y averiguó y volvió con esta respuesta: "¿Qué cuántas horas cree que ha estado en el Purgatorio?" ¡Pues 3,800! ¿Sabe cuánto hace que Ud. se murió? No hace todavía cinco minutos que se murió. Su cadáver todavía está caliente y no se ha enfriado. Sus familiares todavía no saben que Ud. se ha muerto. ¿No han pasado cinco minutos y ya se imagina que van 3,800?". Al oír semejante respuesta, Liduvina se asustó y gritó: Dios mío, prefiero entonces estarme 38 años tullida en la tierra. Y despertó. Y en verdad estuvo 38 años paralizada y a quienes la compadecían les respondía: "Tengan cuidado porque la Justicia Divina en la otra vida es muy severa. No ofendan a Dios, porque el castigo que espera a los pecadores en la eternidad es algo terrible, que no podemos ni imaginar.



En 1421, o sea 12 años antes de su muerte, las autoridades civiles de Schiedam (su pueblo) publicaron un documento que decía: **"Certificamos por las declaraciones de muchos testigos presenciales, que durante los últimos siete años, Liduvina no ha comido ni bebido nada, y que así lo hace actualmente. Vive únicamente de la Sagrada Comunión que recibe"**.

También tuvo otra gracia, por medio de la cual participó de una de las Bienaventuranzas del Señor: la de sufrir la calumnia por el Reino de los cielos: "Dichosos seréis cuando os injurien, os persigan y digan contra vosotros toda suerte de calumnias por causa mía. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos" (Mt 5, 11-12).

Sucedió que trasladaron al santo párroco que tanto la ayudaba y que la había iniciado en la conversión y el camino de la santidad, por otro menos santo y menos comprensivo. El nuevo párroco de Schiedam era Maese Andrés, un premonstratense de Marienwerd, hombre mundano y sensual, absolutamente incapaz

de comprender a la beata. Lleno de prejuicios contra ella -creía que se trataba de una hipócrita-, le negó durante algún tiempo la comunión y llegó hasta a decir a los fieles que Lidvina era víctima de ilusiones diabólicas y que había que orar por ella. Pero el pueblo de Schiedam, que amaba y veneraba a Lidvina, se levantó en revolución y defensa de la santa y las autoridades, para probar lo infundado de estas acusaciones, nombró una comisión investigadora compuesta por personalidades respetables y muy serias. Los investigadores declararon que ella decía toda la verdad y que su caso era algo extraordinario que no podía explicarse sin una intervención sobrenatural. Y así la fama de la santa no solo no sufrió menoscabo alguno por las calumnias, sino que creció y se propagó mucho más allá de las fronteras de su pueblo natal.

Desde entonces, se le concedió que recibiese la comunión cada quince días. La beata sufrió mucho cuando su joven sobrina, Petronila, murió a resultas de los golpes que recibió al defenderla de los ataques de dos soldados. Y para que seamos conscientes de que el Amor de Dios –infinito y eterno- se nos comunica a través de la Santa Cruz de Jesús, lejos de atenuarse sus dolores y sufrimientos, en los últimos siete meses de vida aumentaron con tanta intensidad los dolores de Santa Liduvina, que no pudo dormir ni siquiera una hora a causa de sus padecimientos. Sin embargo, en ningún momento cesaba de elevar su oración a Dios, uniendo sus sufrimientos a los padecimientos de Cristo en la Cruz.

### **Su Ángel de la Guarda le anuncia la muerte y la Gloria:**

Finalmente, llegó la hora en que Dios había determinado poner fin a los sufrimientos de su sierva. Llegó el día en que el invierno dio paso a la primavera de la eternidad iluminando el terrible dolor de Santa Liduvina, es Jesús quien la llama: "Ven, esposa mía, ha pasado el invierno; se han ido las lluvias; he aquí la primavera. Ven que vas a ser coronada en lo alto del Sanir y el Hermón."



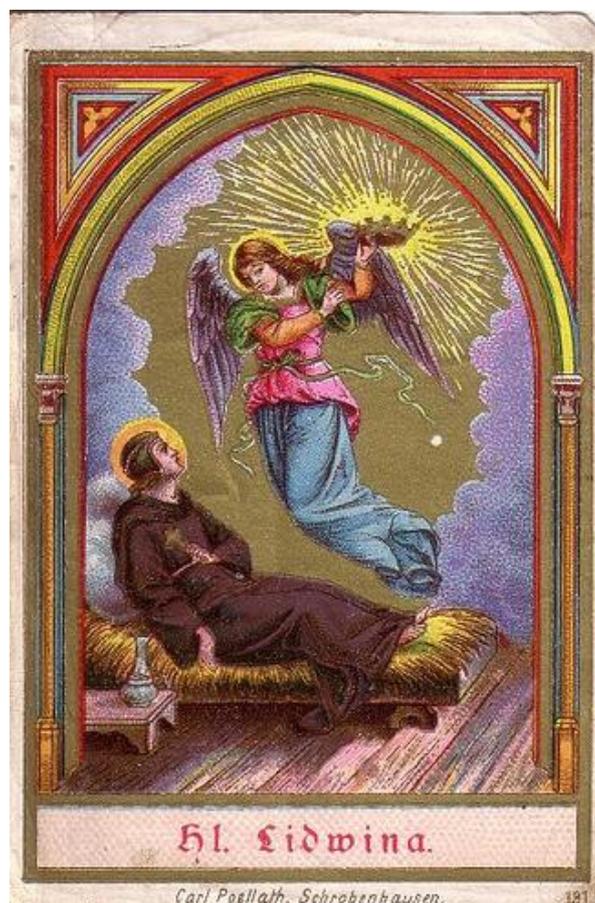
Es así como una mañana, Liduvina oyó que alguien le decía al oído: «Mira.»: ella miró y vio al ángel, su hermano, y junto a él un rosal florecido, alto como un árbol, que derramaba un perfecto y agradable olor, sólo en la rama más alta quedaban algunas rosas por abrir. Era un previo anuncio de la postrera llamada.

Unos días más de amorosa y de dolorosa primavera, y los capullitos despegarían sus hojas, las rosas se cubrirían de un brillo nuevo y el rosal sería trasplantado al paraíso y Santa Liduvina cantaría el aleluya con los ángeles del Cielo. Así fue, muerta, Liduvina volvió a aparecer como cuando tenía quince años: fresca, rubia y graciosa. De sus llagas sólo quedaban tres cicatrices, que corrían como hilos de púrpura sobre la nieve de su carne.

### **El momento de la muerte: 14 de Abril de 1433.**

Pero antes de partir a la Casa del Padre aun debía sufrir un poco. En esos días llegaron unos soldados y la insultaron y la maltrataron. Ella ofreció todo a Dios con mucha paciencia y luego oyó una voz que le decía: "con esos sufrimientos ha quedado completa tu corona. Puedes morir en paz".

Y llegó entonces el momento de la muerte, su estado empeoró rápidamente en la Pascua de Resurrección del 14 de abril de 1433. Poco antes de las tres de la tarde, el hermano menor de Petronila fue a toda prisa a buscar a un sacerdote; pero, cuando volvió a los pocos momentos, Lidvina había pasado santamente a la eternidad. sola, tal como lo había deseado. Pocos días antes contempló en una visión que en la eternidad le estaban tejiendo una hermosa corona de premios.



Durante su funeral, su cuerpo se transfigura y todas las señales de las heridas desaparecen y el cuerpo recupera la belleza que tenía durante la juventud, incluso durante el funeral, muchos signos de curación ocurren en aquellos que se habían encomendado a su alma.

El culto de la beata había empezado prácticamente durante su vida, pero después de su muerte no hizo sino aumentar, gracias a las biografías que escribieron su primo Juan Gerlac, Tomás de Kempis (el autor de la Imitación de Cristo) y Brugman, así como a los incansables esfuerzos de un médico, el hijo de Godofredo Zonderdank. Éste fue quien, para cumplir el último deseo de la beata, construyó un hospital para pobres en el sitio que ocupaba la casa en que Lidvina había vivido.



Su tumba se encontraba intacta durante muchos años, siendo un lugar de peregrinación y romerías, hasta que en 1615 comenzó la terrible persecución de los protestantes, y entonces sus reliquias fueron transportadas a Santa Carmel Bruselas, pero en 1871 fueron regresadas a Schiedam.



Iglesia de Santa Liduvina en Schiedam (Holanda) donde se encuentran las reliquias

A través de ella, muchas personas se convirtieron, se curaron milagrosamente y se salvaron, y su fama se ha extendido ya en vida por muchos sitios y después de muerte sus milagros la hicieron muy popular. Tiene un gran templo en Schiedam. Tuvo el honor de que su biografía la escribiera el escritor Tomás de Kempis, autor del famosísimo libro "La imitación de Cristo".

El 14 de marzo de 1890, el Papa León XIII elevó a Santa Liduvina a los altares y autorizó su culto. Pequeña flor en el país clásico de las flores, los Países Bajos, Santa Liduvina es el ejemplo de aquellos que quieren completar en su cuerpo las heridas y dolores que faltaban en el Cuerpo de Jesús. Así como Jesús en el huerto de los olivos, dijo al padre, "lejos de mí esta copa! Sin embargo, no hago lo que quiero, sino lo que tú quieres".

### **Comentario a la visión del Purgatorio:**

Cuando analizamos con detenimiento una parte de la biografía de esta santa, así como también la vida de muchos otros santos, nos damos cuenta que en repetidas ocasiones mencionan el purgatorio porque Dios les permitió visitarlo de una manera especial, con la finalidad de darnos testimonio de su existencia. Los que mueren en la gracia y en la amistad de Dios, pero imperfectamente purificados, aunque están seguros de su eterna salvación, sufren después de su muerte una purificación en el purgatorio, a fin de obtener la santidad necesaria para entrar en la alegría del cielo. Hace muchos años que no se escucha mencionar la palabra ¿purgatorio? en las homilias dominicales, a pesar de que la Virgen del Carmen ha prometido a todos los que mueran con su escapulario colocado en el cuello, que saldrán de ese lugar de purificación en tan sólo unos cuantos días. Muchos jóvenes no saben de su existencia, y bastantes adultos

piensan que no existe o que ya se canceló. Lo que más conviene es analizar el tema con detenimiento, porque algo se nos quiere decir con esos valiosos testimonios que aportan los santos. Algo se nos quiere decir, y puede ser muy importante...

## Interpretación de la ciencia médica a la enfermedad de Liduvina:

Aunque la Esclerosis Múltiple fue descrita científicamente por Jean-Martin Charcot en 1868, existen algunos informes de hace más de 600 años sobre pacientes que pudieran haber tenido Esclerosis Múltiple. La referencia más antigua que recoge la historia es la de Santa Lidwina de Schiedam (Schiedam, 1380 – 1433); una joven holandesa que podría haber sido la primera paciente conocida con EM. En 1396, a la edad de 15 años, sufrió una caída mientras patinaba en el hielo y se fracturó una costilla del lado derecho. A partir de entonces desarrolló dolores intermitentes, debilidad en las piernas y pérdida de visión, síntomas neurológicos recurrentes y discapacitantes asociados a una enfermedad que aún no se sabía que se llamaría Esclerosis Múltiple.

Esclerosis Múltiple España (EME)



## Oraciones a Santa Liduvina

Oh, Santa Liduvina,  
Que sufriste una horrible enfermedad incurable,  
Postrada sobre una cama, con el cuerpo transformado en heridas horribles  
Nunca reclamaste, blasfemaste o murmuraste contra Dios  
Mas todo lo aceptaste con bondad divina  
Como camino perfecto para la gloria del Cielo.  
Por eso tu cuerpo fue glorificado milagrosamente en la muerte  
y reintegrado como señal de tu gloria en el Cielo.  
Intercede por nosotros  
Para que nosotros amemos a Jesús,  
Tomemos su cruz  
Y caminemos con él hacia la Casa del Padre.  
Intercede también para todos los que sufren enfermedad,  
Postrados en un lecho o que están en los hospitales,  
Para que tengan el mismo valor y amor que tuviste  
Y proclamar la Gloria de Dios,  
Aceptando las cruces de la vida,  
Por amor a Jesús crucificado.  
¡Santa Liduvina, ruega por nosotros!

### ORACIÓN A SANTA LIDUVINA

Santa Liduvina:  
Alcánzanos de Dios la gracia  
de aceptar con paciencia  
nuestros sufrimientos como  
pago por nuestros pecados  
y para conseguir la conversión  
y salvación de muchos  
pecadores.



## Mensaje de santidad

Santa Liduvina, por su enfermedad y por el ofrecimiento que de esta hizo a Jesús, es la Patrona de los enfermos crónicos. Con su vida de santidad, Liduvina nos enseña a aprovechar la enfermedad para pagar nuestros pecados, convertir pecadores y conseguir un gran premio en el cielo. El decreto de Roma al declararla santa dice: Santa Liduvina fue “un prodigio de sufrimiento humano y de paciencia heroica”.

Con su vida de sufrimientos, Santa Liduvina nos deja un valiosísimo mensaje de santidad: unir los dolores a los dolores de Jesucristo en la cruz y también a los dolores de María Santísima. Ella participó con sus dolores a la Pasión de Jesús y de esa manera, se santificó a sí misma y santificó y convirtió, por su intercesión, a una multitud de pecadores. La Iglesia nos pide a nosotros, sus hijos, que hagamos lo que hizo Santa Liduvina: si estamos enfermos, antes que pedir la gracia de la curación, lo que debemos hacer es ofrecer a Jesús nuestra enfermedad –con todo lo que esto implica, mortificaciones, tribulaciones, además del dolor físico-, para participar de su Pasión redentora. Así lo pide expresamente la Iglesia: “Que los enfermos vean en sus dolores una participación de la pasión de tu Hijo, para que así para que así tengan también parte en su consuelo”. Como podemos apreciar, la enfermedad –física, corporal, mental, moral, espiritual- es un gran tesoro, un grandísimo don ofrecido gratuitamente por el cielo a quienes más ama Dios, porque por ella, Jesucristo atrae al alma hasta la cima del Monte Calvario, donde está Él crucificado y donde está Nuestra Señora de los Dolores, al pie de la cruz. Pero este tesoro fructifica el ciento por uno sólo y únicamente si su dueño, la persona enferma, en vez de renegar de su enfermedad, la ofrece con amor a Jesús, por manos de María Santísima, pidiendo por la conversión de los pecadores –y también ofreciéndolo por las Benditas Almas del Purgatorio-: sólo así, el alma no solamente se llena de paz y de alegría, sino que, haciendo fructificar su dolor, es fuente de conversión y santificación –lo cual quiere decir, amor, alegría y paz- para un gran número de pecadores. Por todo esto, nos damos cuenta de que es un gran error no solo rechazar la enfermedad, sino pedir su curación, aún cuando, desde el punto de vista humano, se tenga la obligación moral de realizar todo lo que esté al alcance, para curar o aliviar la enfermedad y sus síntomas –a causa del Primer Mandamiento, que manda “Amar a Dios y al prójimo como a uno mismo”-. Santa Liduvina nos enseña que la enfermedad es un tesoro de valor inestimable, un talento valiosísimo dado por Dios a quienes más ama, pero, al igual que en la parábola de los talentos, este se puede enterrar, dejándolo sin fructificar, lo cual sucede cuando renegamos de la enfermedad, o bien se lo puede hacer rendir “el ciento por uno” y esto sucede cuando lo ofrecemos a Jesucristo por mediación del Inmaculado Corazón de María, pidiendo por la conversión de los pecadores y por las Almas del Purgatorio. Al recordar a Santa Liduvina, le dirigimos entonces esta oración: “Oh Santa Liduvina, Patrona de los enfermos crónicos, alcánzanos de Dios la gracia de aceptar con amor y paciencia nuestros sufrimientos como pago por nuestros pecados y ruega a Nuestra Señora de los Dolores que sepamos ofrecer nuestros padecimientos a Jesús crucificado, para así conseguir, por la Sangre de Jesús derramada en la cruz, la conversión y salvación de muchos pecadores. Amén”.

Nota: Los patinadores sobre hielo, también la han tomado como su patrona, a quien se encomiendan con mucha devoción.

---

FUENTES:

- [1] <http://adelantelafe.com/estas-enfermo-nada-del-mundo-dejes-esta-lectura-parte-i/>
- [2] <https://www.aciprensa.com/santos/santo.php?id=115>
- [3] <http://es.catholic.net/op/articulos/34680/liduvina-santa.html>
- [4] <http://www.divvol.org/santoral/index.php?s=0414>
- [5] <https://www.elsiglodetorreon.com.mx/noticia/154783.mas-alla-de-las-palabras-santa-liduvina.html>
- [6] <http://www.divvol.org/santoral/index.php?s=0414>
- [7] [https://www.ewtn.com/spanish/Sanits/Sta\\_Liduvina\\_4\\_14.htm](https://www.ewtn.com/spanish/Sanits/Sta_Liduvina_4_14.htm)
- [8] «Vidas de los santos de A. Butler», Herbert Thurston, SI
- [9] <http://santossanctorum.blogspot.com.es/2012/04/santa-liduvina-lidwina-ou-lidvina.html>